

Reseña

Lev Tolstói

La muerte de Iván Illich.

Historia de un caballo

Madrid, Siruela, 2003

Poca presentación necesitan a estas alturas dos obras como las que se incluyen en este volumen publicado en la Colección Escolar de Filosofía de Ediciones Siruela. *La muerte de Iván Illich* es un texto clásico mil veces editado que no ha perdido, como es lógico, su vigencia. En estos momentos es posible encontrar varias ediciones, con traducciones también diferentes. En este caso se incluye la traducción de Juan López Morillas, de Alianza Editorial. Más difícil es encontrar una edición del segundo texto, cuya celebridad más reciente procede de la versión teatral del texto que estuvo en los escenarios no hace mucho tiempo. Si exceptuamos las ediciones de las obras completas, sólo encontramos la edición de Granica, con traducción de Camilo Millán, que es la utilizada en esta edición, otra más en Júcar y la versión teatral de Enrique Llovet.

Podemos centrar nuestro comentario, por tanto, en la oportunidad de esta edición, en esta colección y en estos momentos. Y al respecto, tengo pocas dudas. En primer lugar, existe entre las dos obras una profunda coherencia temática. La primera aborda el tema de la muerte, narrada en

realidad de la única manera que se puede narrar el acontecimiento decisivo de todo ser humano: desde la propia experiencia de una persona concreta que se muere sola, con la compañía siempre distante de los más próximos que, curiosamente, suelen defenderse de la rotundidad e inevitabilidad del suceso procurando marcar cierta distancia. Iván Illich comprueba a lo largo de su enfermedad terminal hasta qué punto la muerte es una experiencia en primera persona, algo que tenemos que afrontar todos y cada uno de nosotros, siendo siempre insuficiente el consuelo que nos puedan dar los que nos rodean. Esa es, sin duda, la soberbia, y sobria, aportación de Tolstói, eso sí, teñida en su caso por el rayo de esperanza que, frente a la muerte, siempre supone la creencia en la resurrección cristiana.

La historia de Kostomero, el caballo ya envejecido que padece resignado su senectud, adopta una perspectiva que abarca todo el ciclo vital. Reivindica el viejo caballo pío la dignidad de toda una trayectoria personal. El morir es algo que le sucede a quien primero fue un niño, después un

joven esplendoroso, para seguir como adulto en plenitud de facultades y asistir por fin al lento, progresivo e inapelable envejecimiento que sólo con la muerte llega a su fin. Una muerte, la de Kostomero, que me recuerda a la de K., el atormentado personaje de *El proceso* de Kafka: un preciso cuchillo trivializa y desmitifica algo tan agobiante como el hecho de morir. Sin el pesimismo triste de Quevedo, nuestro autor ruso parece retomar la idea de que la muerte ya se hace presente en la cuna, con el paso inexorable del tiempo. Son los jóvenes, nuestros propios hijos, los que nos hacen envejecer, los que en cierto sentido exigen nuestra muerte para poder ocupar el puesto que nosotros ostentamos un día y de ese modo alcanzar la plenitud debida. ¿Lecturas para adolescentes? Sin duda alguna. La primera, porque es necesario que tengan ocasión de hablar de algo tan importante como la muerte, algo a lo que todos, absolutamente todos tendrán que hacer frente algún día, sin poder eludir responsabilidades ni delegar en nadie, por próximo que sea. Nuestra sociedad del bienestar muestra una especial y específica aversión al tema de la muerte. Reducida por un lado a ostentosa y exuberante manifestación en la muerte de casquería que tanto abunda en el cine, apenas encuentra un hueco en la vida cotidiana. Procuramos que la gente muera en los hospitales, lejos de su hogar y de sus allegados; aligeramos los trámites del entierro, optando cada vez más por una incineración que consigue borrar todo los restos del difunto;

aligeramos por último el duelo, alegando con algo de cinismo que hay que seguir viviendo. Al final, la muerte desaparece de la vista, y defendemos con la misma pasión el derecho a morir, algo demasiado próximo al derecho a deshacernos de los terminales, cuyo dolor y deterioro resulta insoportable... sobre todo a los vivos. Es de esperar que las reflexiones de Iván Illich, su forma de vivir el dejar de vivir, sea una ocasión para que los adolescentes puedan hablar y pensar sobre el tema que para muchos filósofos se presenta como raíz y origen de la reflexión sobre el sentido de la vida. Pues lo importante, en definitiva, no es el hecho de la muerte, sino el hecho de que "yo" me voy a morir. Y ante eso no es posible mirar para otro lado, aunque muchos no dejan de intentarlo.

Los recuerdos y reflexiones de Kostomero abren la puerta a otro campo de discusión de rabiosa actualidad. Como complemento, o como otro aspecto, de la marginación de la muerte de nuestra vida cotidiana, se encuentra en la cultura vigente la exaltación desaforada de la juventud. Ciertamente no es algo nuevo y siempre ha habido en la humanidad esa admiración por la juventud, nostálgica en quienes ya la han pasado y desafiante en quienes se encuentran en ella. Bastantes de los personajes que pueblan las portadas de las revistas y de las televisiones comparten sobre todo la juventud, casi como seña de identidad. En algunos casos, hasta extremos exagerados, como las modelos cuya vida profesional

entra en decadencia poco después de los 22 años. En otros, no tanto, pero con visos de igual desmesura, y ahí tenemos a actores y actrices pasando por las manos de expertos cirujanos que una vez tras otra intervienen para conservar una apariencia de juventud que se nos escapa por todos los poros de nuestra piel. Y el ejemplo es imitado por muchos de los que pueden permitirse el lujo de una operación de cirugía estética. Kostomero cuestiona ese culto idolátrico de la juventud con la contundencia que da la sencillez y casi sin darse cuenta.

En la historia de un caballo aparece además el escritor social y político que fue Tolstoi, el duro crítico de la sociedad a la que perteneció, defendiendo unos valores que se daban de bruces con la ostentación, el lujo, la ociosidad de los parásitos sociales, la propiedad privada y la exclusión de los débiles y los perdedores. Su peculiar mezcla de cristianismo y anarquismo constituye uno de los pilares sobre los que se construye el espléndido edificio literario de Tolstoi,

mucho antes de que se dedicara casi por completo a la difusión y práctica de su ideario.

Dos relatos breves e intensos, con una provocadora propuesta para reflexionar sobre lo que puede representar para un ser humano la muerte, el paso del tiempo, el envejecimiento... Todo ello sin dejar de lado el escenario sobre el que se desarrollan los problemas más estrictamente personales: la vida familiar, tan mezquina en ocasiones, la arrogancia de la juventud, la entrega al brillo y oropel del triunfo social... Tanto la invitación a la lectura como las actividades propuestas por José María Sánchez Alcón potencian las posibilidades de utilizar este libro en el aula. Subraya con acierto los temas fundamentales que aparecen en las dos obras y ofrece sugerentes actividades y planes de discusión que abrirán para el lector atento nuevas dimensiones de reflexión sobre temas a los que es necesario y conveniente dedicar algo más de atención ya en la educación obligatoria.

Félix García Moriyón